

2Re 5,1-15a • Sl 41 • Lc 4,24-30

En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: «Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio.»

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despearlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.



Hay que evitar equívocos. En ocasiones no somos aceptados por nuestras propias debilidades, por nuestros errores y no por nuestras virtudes.

No es lo mismo ser perseguidos por ser fieles al proyecto de vida de Jesús de Nazaret que serlo por nuestras inconsistencias. Cuando la dinámica se centra en estos parámetros surgen sentimientos victimistas que nada tienen que ver con la serenidad y la valentía demostrada por Jesús en medio de sus detractores. La incomprensión no debería paralizarnos. Si lo hace tenemos que revisar las motivaciones y la madurez de nuestras opciones.

Is 7,10-14;8,10 • Sl 39 • He 10,4-10 • **Lc 1,26-38**

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.» Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?» El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.» María contestó: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y la dejó el ángel.



Junto a la resurrección, la encarnación constituye el criterio teológico-pastoral de mayor trascendencia en orden a comprender el cristianismo.

A partir de la encarnación del Hijo de Dios en María, la humanidad, con todas sus luces y sombras, se convirtió en espacio teológico en el que Dios se manifiesta.

En este misterio encuentra su fundamento la espiritualidad y la misión Hospitalaria.

Nuestros fundadores optaron por servir al Dios encarnado en tantas personas olvidadas, despreciadas, necesitadas de acogida, apoyo, consuelo y cuidado porque en ellas descubrieron las "vivas imágenes" de su Señor.

Dt 4,1.5-9 • Sl 147 • **Mt 5,17-19**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.»



Hoy tenemos casi todo protocolizado. Buscamos facilitar una acción coordinada y eficaz en la atención Hospitalaria. El Evangelio nos invita a revisar si estos recursos redundan en bien del servicio a la persona o si nos hacen perder la perspectiva carismática.

No nos resulta ajena la sensación de que lo formal puede matar al espíritu, de que cierta burocratización en el ejercicio de la misión puede minar la centralidad de la persona. Es necesario reflexionar sobre ello para que estos medios refuercen y no empeñen la frescura original del carisma.

Jr 7,23-28 • Sl 94 • Lc 11,14-23

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: «Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios.» Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú; y, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama.»



Jesús señala la importancia de definir la propia vida a favor o contra del bien, subrayando que tampoco sirve la imparcialidad: "el que no recoge conmigo, desparrama."

La vivencia de la Hospitalidad nos brinda ocasiones sobradas para obrar desde una ética proactiva, orientada al compromiso por el bien y la verdad. Importa tanto lo que hacemos en favor de las personas atendidas como lo que dejamos de hacer.

El último Capítulo General nos convoca a recrear la Hospitalidad. No es posible recrear desde la pasividad de quien no hace nada malo. Debemos implicarnos, comprometernos, arriesgar...

Os 14,2-10 • Sl 80 • **Mc 12,28b-34**

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?» Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.” El segundo es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” No hay mandamiento mayor que éstos.»

El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.» Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios.» Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.



Los santos fueron enamorados de Dios. Ese amor, prodigado y recibido, se volcó en expresiones de amor al prójimo.

Nuestro Fundador en sus cartas utiliza expresiones como “amor sin límites a nuestro Señor” (447); “deseos de arder en el divino amor” (5); “quisiera estar siempre en delirio de amor por mi Jesús” (133)...

¡Cuán necesario y urgente es rescatar el valor de la mística en nuestras vidas como Hospitalarios/as! Sin ella podemos seguir haciendo muchas cosas por y para Dios pero no en Dios. A la larga no sabremos por quién amamos.

Os 6,1-6 • Sl 50 • Lc 18,9-14

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.” El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.” Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»



¡Ten compasión de este pecador! No puedo reflexionar este texto sin recordar un libro leído en mi adolescencia y titulado “El peregrino ruso.”

Aquel peregrino, en búsqueda de su verdad, repetía esta plegaria sin cesar. Su oración-jaculatoria quedó amarrada en mi espiritualidad a tal punto que a menudo la repito mentalmente como si de un mantra se tratara.

Hoy doy gracias por ella y motivos no me faltan para sentarme en el último banco y repetir con serena confianza mi verdad y la bondad infinita de Dios. Todos tenemos algo de publicano. ¿O no?

1Sa 16,1b.6-7.10-13a • Sl 22 • Ef 5,8-14 • **Jn 9,1-41**

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. (...) Escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).» Él fue, se lavó, y volvió con vista. (...) Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. El les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo.»

Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.» Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?» Y estaban divididos. (...) Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: «Confíesalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.» Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo. (...) Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.» Le replicaron: «Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?» Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «Crees tú en el Hijo del hombre?» El contestó: «Y quién es, Señor, para que crea en él?» Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.» Él dijo: «Creo, Señor.» Y se postró ante él. Jesús añadió: «Para un juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos.» Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?» Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.»

.....

Frase:

¿También nosotros estamos ciegos?

Meditación:

La curación del ciego de nacimiento desató la crítica de quienes no lograban comprender cómo un pretendido profeta se podía permitir profanar el sábado.

Eran incapaces de reconocer la evidencia del bien en aquel Nazareno a quien algunos ya consideraban el Mesías, el enviado.

Así expuesta, la situación deja en ridículo la inteligencia de los fariseos pero la realidad es que a todos nos cuesta cambiar nuestros paradigmas y abrirnos a lo nuevo. Especialmente cuando esa novedad pone en jaque nuestros intereses o deja al descubierto nuestros temores.

Oración:

Señor, dame apertura de miras, flexibilidad para asomarme a la realidad tal como es y no como quiero que sea. Necesito ver el bien y la verdad que está más allá mi mundo.

Acción:

Pienso en alguna situación crítica trato de comprenderla con los ojos de aquellos con los que no estoy de acuerdo.

